

Universidad y política en registro personal

Ana María Barletta

Profesora de Historia. Decana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de la Plata (2004-2010) y Secretaria Académica de esa casa de estudios (1992-1995). Investigadora del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, CONICET, UNLP). Dirige el proyecto “Las formas de la política. Argentina 1973-1976”. Se ha dedicado al tema “universidad y peronismo”.



El siglo XXI, ¿empezó?

En el año del bicentenario de la Revolución de Mayo, un nuevo número de la *Revista de la Universidad* nos convoca a imaginar diferentes caminos hacia el siglo XXI; invitándonos, así, a hablar del porvenir en un presente de crisis, de transformación e incertidumbre que Argentina parece dispuesta a conjurar. No obstante, y a pesar de esta vocación de sustraerse a los efectos del derrumbe de las economías de los países desarrollados para pensar un camino propio, es indudable que no es fácil proyectarnos hacia un futuro que hoy no aparece como ese faro resplandeciente que otrora fuera capaz de guiar con certeza nuestras acciones.

Al inicio de una obra muy estimada sobre el siglo XX, el historiador Eric Hobsbawm, reproduce las palabras del músico contemporáneo Yehudi Menuhin, bien cargadas de definiciones que señalan una advertencia para el siguiente siglo: “Si tuviera que resumir el siglo XX, diría que despertó las mayores esperanzas que haya concebido nunca la humanidad y destruyó todas las ilusiones e ideales”.¹ El fracaso de los grandes proyectos de transformación como, asimismo, el horror suscitado por las experiencias totalitarias debilitó significativamente la fascinación que las utopías por un mundo mejor ejercieron como guías de las acciones de los hombres del siglo pasado.

Justamente, en estas celebraciones bicentenarias un fuerte signo de época lo constituye este apagamiento de los horizontes de expectativas. Es la misma cadena pasado-presente-futuro la que se encuentra afectada; y desde un presente tan controvertido políticamente y ante un futuro abierto, a construir, difícil de redondear en un concepto único, estamos habituados a escuchar expresiones como “crisis de futuro” o, más moderadamente, “atemperamiento de futuro” esperando aunque más no sea con esta última consigna poder proyectarnos –a lo sumo– hacia una sociedad más diversa e igualitaria.²

Pero la cuestión no es solo dejarnos llevar por una cita sugestiva. Eric Hobsbawm, ese longevo historiador inglés contemporáneo, cuya larga experiencia de vida coincide temporalmente con su propia definición del siglo XX como *era de los extremos*, nos había ofrecido una muy aceptada periodización de los siglos XIX y XX cuyos inicios –en ambos casos– coincidían con grandes transformaciones de la sociedad y con fuertes ilusiones de época, suscitadas por la posibilidad de construir mundos mejores. Así, el siglo XIX había arrancado con las revoluciones inglesa y francesa que, como sabemos, se produjeron a fines del siglo XVIII inaugurando el mundo moderno, con la economía industrial capitalista y su estado liberal-democrático; un siglo largo sostenido sobre la idea de progreso indefinido y la ilusión de construir una sociedad integrada con todas las clases sociales. Esta cosmovisión tiene su primer mentís en el estallido de la primera guerra mundial con el consiguiente derrumbe de una conciencia liberal progresista ya agotada. No obstante esa gran desilusión que proporciona la guerra, aparece una nueva y muy poderosa esperanza, “ese gran resplandor que venía del

¹ Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 12.

² Rabortnikof, Nora, “Política y tiempo: pensar la conmemoración”, en *Cuadernos del CISH*, N° 26, 2010, IdIHCS, FaHCE, UNLP, La Plata (en prensa).



Este”,³ la revolución bolchevique que también, como sus antecesoras, conmocionó el mundo de la política contemporánea, ejerciendo su influjo hasta una nueva desilusión que apareció como definitiva entre 1989 y 1991, con la caída de la República Democrática alemana y el fin de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, creada en 1917 por la revolución. Este siglo fue corto, nos dice Hobsbawm, pero se caracterizó por las tremendas luchas para inaugurar nuevas formas de organización social que fracasaron. Lamentablemente, después de este derrumbe de las “experiencias socialistas”, solo seguimos acumulando caídas: la del “estado de bienestar”, la de las grandes visiones del mundo con sus ideales de transformación de la sociedad, la de las Torres Gemelas...

Afrontamos el fin del milenio y la inauguración de un nuevo siglo como una obsesión de calendario y con pasión numérica, pero ¿sabíamos de qué se trataría ese siglo XXI? Al menos, sabíamos que no se iniciaba con una gran ilusión transformadora y que estábamos mucho más dominados por la decepción, los temores y los obstáculos que por las esperanzas y expectativas que habían formado parte del pasado. A la vez, intuíamos que una nueva configuración cultural se instalaba con el principio de siglo y que, inevitablemente, conmovería los fundamentos de nuestros pensamientos.⁴ Hobsbawm termina su libro sobre el siglo XX compeliéndonos a volver a pensar la transformación social con el único capital cultural de saber lo que pasó hasta aquí.

Vivimos en un mundo cautivo, desarraigado y transformado por el colosal proceso económico y técnico-científico del desarrollo del capitalismo que ha dominado los dos o tres siglos precedentes... No sabemos adónde vamos sino tan solo que la historia nos ha llevado hasta este punto y por qué. Sin embargo una cosa está clara: si la humanidad ha de tener un futuro, no será prolongando el pasado o el presente. Si intentamos construir el tercer milenio sobre estas bases, fracasaremos. Y el precio del fracaso, esto es, la alternativa a una sociedad transformada, es la oscuridad. (1995: 576)

La universidad también es interpelada por este desconcierto temporal.

³ Vilar, Pierre, *Pensar históricamente, Reflexiones y recuerdos*, Crítica, Barcelona, 1997, p. 54.

Con esta expresión, el historiador francés Pierre Vilar recuerda el influjo de la revolución rusa en sus épocas escolares: había nacido en 1906. Es interesante cómo se refiere a la revolución del siglo XVIII con la misma expresión fulgurante: “ese gran resplandor del Oeste que fue la Revolución francesa”.

⁴ Tomé esta idea, de comienzo del siglo XXI vinculado a decepciones y temores, de la conferencia de Traverso, Enzo “Memorias e historiografía. Problemas de interpretación del siglo XX”, ponencia pronunciada el 25 de junio en las V Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente, UNGS, Los Polvorines, Buenos Aires, 2010.



Refundar la universidad

Beatriz Sarlo ha afirmado en *La batalla de las ideas* que –en el curso de los treinta años que analiza entre 1943 y 1973– la universidad argentina fue atravesada por la idea de *refundación* por lo menos cinco veces, tomando en consideración los procesos vividos en 1947, 1955, 1966, 1973 y 1976.⁵ Los cambios institucionales a los que asistió la universidad implicaron fuertes virajes en las ideologías de los actores involucrados, quienes impulsaron modificaciones en la estructura de la organización académica, como asimismo en el tipo de vínculo que concibieron entre universidad y Estado a lo largo de esos años. Se vuelve evidente en esta periodización la vinculación de la historia de una institución con los avatares de la salvaje vida política argentina de la segunda mitad del siglo xx proponiéndonos, así, una pista para pensar el complejo entramado entre universidad y Estado, política y sociedad. Los efectos devastadores de la crueldad política argentina de los tiempos de las dos últimas dictaduras militares (1966 y 1976) signaron la historia de la universidad argentina de tal modo que continúan alentándonos a pensar que debemos seguir refundando la institución; son justamente las marcas de ese salvajismo las que siguen alentando la idea de refundación.

Por otra parte, esta periodización es particularmente sugerente porque, implícitamente, alude a que, fuera de los límites del período considerado, existió una *fundación* o una refundación anterior, en 1918, la que inauguró un modo de pensar la vida universitaria que inspiró las sucesivas refundaciones –fuera para denostar o para reponer esa configuración– y que aún hoy sigue constituyendo una fuente inagotable en donde abrevan casi todas las corrientes políticas e ideológicas que actúan en la universidad. Se ha dicho que el movimiento de la reforma universitaria sigue siendo “una marca tan fuerte que muchas veces hemos confundido su historia con la historia de la universidad”.⁶

Si bien este imaginario político cultural *reformista* tuvo tres momentos bien característicos de identidad esencial: 1918, 1955 y 1983, su perdurabilidad como tradición y su capacidad de generar respuestas, incluso para el tiempo presente –más allá de los cambios ocurridos en la sociedad argentina y en la institución universitaria–, lo dejó anclado como ortodoxia ideológico-política de su organización académica y, a la vez, como reivindicación universal por parte de un espectro amplio de corrientes intelectuales y políticas que circulan por los claustros: los más acérrimos opositores a esta ideología universitaria en otra época, hoy se incluyen en ella con bastante *naturalidad*. A pesar de haberse mantenido como una continuidad con capacidad de otorgar identidad y sentido, en la actualidad constatamos muchas veces cómo sus aspectos más originales y críticos se licuan para convertirse en una convicción natural y hasta automática de pertenencia y acción dentro del microcosmos universitario. Una relectura histórica podría tal vez reponer sus aristas más provocativas.

⁵ Sarlo, Beatriz, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino, tomo VII, Buenos Aires, Ariel, 2001, pp. 63-79.

⁶ Caldelari, María, “Turbulencias y reformas en la Universidad de Buenos Aires”, en UNC, UNLP, UNL, UNT, UBA, *La Gaceta Universitaria 1918- 1919. Una mirada sobre el movimiento reformista en las universidades nacionales*, Buenos Aires, Eudeba, 2008, p. 33.



En esta serie de fundaciones y *refundaciones* de la universidad argentina, signadas por avatares político-institucionales, podrían agregarse al menos dos nuevos hitos, finalizado el período de la última dictadura militar: 1983 y el retorno de la democracia; 1995 y la sanción de la Ley de Educación Superior N.º 24.521.⁷ Más allá de todas las resonancias históricas que podrían recuperarse, estas dos fechas son las que enmarcan nuestra construcción de los últimos veintisiete años de militancia universitaria y compromiso institucional en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de esta Universidad, período inédito de vida institucional ininterrumpida con su consiguiente impacto en todas nuestras prácticas.

Esos dos momentos transformadores fueron impulsados desde el Estado.⁸ El primero de ellos, 1983, pensó la refundación como *reconstrucción de la universidad autónoma*, la que quedó sellada al final de las etapas llamadas “normalizadoras” y fue entendida como *devolución* a las universidades nacionales de una capacidad propia que les había sido conculcada; se trataba de la etapa final de un “combate perpetuo”, desplegado desde 1930, por la defensa de la autonomía finalmente concretada. Al final del período normalizador en la UNLP, el ministro de educación, Carlos Alconada Aramburú, afirmó en su mensaje cuando comenzada el período del primer presidente electo: “Digamos adiós, para siempre a la Universidad del Estado oscurantista y despótico. Y demos juntos la bienvenida a la Universidad Autónoma”.⁹ A su lado, el mismo presidente, Raúl Alfonsín, se jactaba de haber *recuperado* la Universidad Argentina.

Y, efectivamente, había mucho para *recuperar* a la salida de una dictadura salvaje que, por ejemplo en nuestra Universidad, prácticamente había comenzado aquel 8 de octubre de 1974 cuando aparecieron asesinados Rodolfo Achem, en ese momento secretario de Supervisión Administrativa, y Carlos Miguel, director del Departamento Central de Planificación, ambos funcionarios del gobierno universitario de la intervención peronista. Recuperar un período anterior (*¿cuál?*) al 24 de marzo de 1976, cuando se generalizaron y profundizaron las medidas represivas de la ofensiva estatal que ya se habían comenzado a padecer desde fines de 1974 e inicios de 1975: asesinatos, desapariciones, despidos masivos, persecuciones de tipo ideológico y político, emigración

⁷ En la UNLP, contamos con la idea de “universidad nueva” desde su *fundación*. Tal era la ambición de Joaquín V. González cuando fundó, en 1905, la institución nacional que, en un sentido, también significaba una *refundación* de la universidad argentina al diferenciarla de los más antiguos modelos existentes en Córdoba y Buenos Aires. Más recientemente, se ha vuelto a hablar varias veces de universidad nueva o de segundas fundaciones, momentos que sería muy interesante rastrear para recuperar todas las capas de sentido que todavía nos habitan sumadas a la preceptiva reformista: desde la universidad de 1973 –con su proyecto que apenas pudo empezar a desplegarse– hasta la *Propuesta Independiente* de José Luis de Diego, en 2001, con su invitación a construir una universidad nueva, independiente, despartidizada, repolitizada, crítica y comprometida; cabría incluso recordar la consigna de la Asamblea del 1º de septiembre de 2001, cuando, en plena crisis económica, política y social argentina, convocaba a “refundar la Universidad y retomar la palabra”.

⁸ Para analizar los cambios experimentados por el sistema universitario argentino en veinticinco años de democracia, véase Buchbinder, Pablo y Mónica Marquina, *Masividad, heterogeneidad y fragmentación. El sistema universitario argentino 1983-2006*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Biblioteca Nacional, 2008.

⁹ Alconada Aramburú, Carlos, “Mensaje con motivo del restablecimiento de la autonomía universitaria en la UNLP”, en Pessacq, Raúl y otros, *La normalización institucional de la UNLP*, La Plata, UNLP, 1987, pp. 213-220.



de profesores, cierre de carreras, prohibición de la circulación de libros, eliminación de colecciones enteras de las bibliotecas, policía de las ideas en los pasillos de la Universidad. Tal vez no sea un dato menor de esa *recuperación* que el decano normalizador de nuestra Facultad de Humanidades, el doctor José Panettieri, haya sido secuestrado, detenido y desaparecido durante la dictadura militar y luego exiliado en Bolivia durante los años más duros. Seguramente como tantos otros profesores y trabajadores de las universidades, que tuvieron en ese entonces la oportunidad de *volver*. Esta podría ser quizás una de las razones por las que las visiones desde las que se pensó la Universidad del retorno a la democracia parecieron haberse agotado en una mirada nostálgica hacia un pasado idealizado.¹⁰ No obstante, es notable cómo una parte importante de los vínculos que hoy sostienen la vida institucional de nuestra Facultad nacieron entonces y se consolidaron en estos veintisiete años, desde la vuelta de la democracia.

Esa apertura significó, de este modo, la *recuperación* de la herencia de la universidad de la Reforma: la actualización de un clima de ideas que suponía el igualitarismo afín a la experiencia de la movilidad social ascendente de la sociedad argentina, la gratuidad, el ingreso irrestricto, la masividad como valor apreciado contra toda forma de limitación al ingreso y al arancelamiento que habían sido impuestos por la dictadura militar.

Unos años después, el gobierno de Carlos Menem intentaría torcer este viraje, desde la creación de la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU), en 1993, hasta la sanción de la nueva ley, en 1995. Quince años se cumplieron el pasado 7 de agosto de la sanción de la Ley N.º 24.521, llamada de Educación Superior, que inauguró un único sistema de educación superior, incluyendo al sistema terciario no universitario que hasta ese momento se había regido por normativas ministeriales nacionales y provinciales.¹¹ Este aniversario no es motivo de celebración alguna, aunque, en su momento, la Ley fuera presentada a la sociedad como una ley de consenso.

Fragmentos de antiguas bitácoras

En 1995, en la primera *Memoria de gestión* que realizaba la Secretaría Académica de la Facultad de Humanidades, se llamó la atención sobre el contexto político-universitario que se padecía, signado por “las embestidas” del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, expresión con la que se calificaban las

¹⁰ “Después de los años de la dictadura, años de aislamiento y devastación, solo se atinó a mirar el pasado” (Caldelari, 2008: 41). En otra oportunidad, habrá que volver sobre esta mirada nostálgica acerca del pasado de la universidad argentina, que alienta el recuerdo del período 1955-1966 como la época de los “años dorados”, lo que es visible en una cantidad considerable de testimonios antiguos y actuales. Ver también Caldelari, María y Patricia Funes, “La Universidad de Buenos Aires, 1955-1966: Lecturas de un recuerdo”, en AA. VV., *Cultura y política en los '60*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, CBC, 1997.

¹¹ Una visión completa de las características de la Ley de Educación Superior y de sus antecedentes históricos en el sistema universitario, en Mignone, Emilio, *Política y Universidad. El Estado Legislador*; Buenos Aires, Lugar Editorial S. A., 1998.



iniciativas verticalmente proyectadas sobre las universidades, con exigencias de urgente resolución y con demandas de información detallada en plazos perentorios: Decreto 1.610/93 (aumentos diferenciados al personal docente), Decreto 2.417/93 (incentivos a docentes investigadores), implementación del sistema de opción previsional, reforma del sistema administrativo, financiamiento de programas de posgrado con fondos internacionales: Fondo para el Mejoramiento de la Calidad Universitaria (FOMECA), Programa Nacional de Capacitación Docente (Circuito E). Desde entonces podían percibirse las tensiones que habían empezado a repercutir en esa Secretaría, a partir de la implementación de estas iniciativas gubernamentales cuyo alcance no se terminaba de mensurar completamente pero que, en lo inmediato, implicaron un aumento considerable del esfuerzo burocrático necesario en las actividades administrativas cotidianas que tuvieron que ser atendidas con la misma cantidad de funcionarios y de personal no docente. La Secretaría Académica sufría, así, los efectos de estas tensiones, contradicciones y exigencias de políticas “exógenas” y ponía de manifiesto la frustración que significaba –pese a considerarlo indispensable desde un punto de vista político– resistirlas exclusivamente sobre la base de la defensa retórica de los principios de la Reforma Universitaria. Efectivamente, lo que en verdad se padecía, además, era que las universidades públicas no habían sabido reaccionar ante una fórmula de intervención sobre ellas, que obligaba a sus funcionarios a hacerse cargo de una engorrosa actividad administrativa al servicio de los proyectos gubernamentales con la amenaza de ver esterilizadas, simultáneamente, sus propias iniciativas. Se veía claramente cuán difícil era pensar en los pormenores de una gestión universitaria posible, sin afrontar los desafíos que provenían de estas contradicciones.¹²

Sabíamos perfectamente, en aquel momento, que éramos *testigos* (y *protagonistas*) de una época de *transición* de una universidad autónoma a una regulada por programas nacionales sostenidos con fondos internacionales, que inevitablemente implicaban formas de centralización y control. Sabíamos, también, y había sido dicho en 1995, que no bastaba con una defensa dogmática de la autonomía universitaria porque estábamos compelidos a resolver situaciones dilemáticas dentro de la Facultad y de nuestra Universidad: *ejecutar-consensuar, aceptar-resistir*.

Los argumentos para resolver estos dilemas estaban invertidos: los *reformadores* aparecían como “progresistas” y los *resistentes* como “reaccionarios” o “conservadores”. Cuánta claridad encontramos en lecturas posteriores que expusieron con razón cómo fue que se quebró, en la época neoliberal, la tensión entre experiencia y expectativas, que había sido tan característica de la modernidad.

Veinte años atrás, cuando nosotros mirábamos la primera página de los periódicos y esta decía: “reforma de la salud” o “reforma de la educación”, era para mejor. Hoy día, cuando abrimos el periódico y vemos una

¹² Para repolitizar las preguntas sobre la universidad, hoy quiero referirme brevemente a la valiosa advertencia de Carolina Scotto, rectora de la UNC, quien en su *Propuesta Programática 2007-2010* propone dejar de hablar de gestión universitaria y reponer la expresión “gobierno” para que este no quede reducido a la mera administración de los recursos y la gestión de las necesidades y pueda expresar más explícitamente la complejidad, la diversidad de actores, los conflictos de intereses característicos de la institución universitaria.



noticia sobre reforma de la salud, la educación o la seguridad social, es ciertamente para peor.¹³

Las situaciones que debieron enfrentarse derivaron, por un lado, de la obligación que se sentía de exhibir grados altísimos de eficiencia para *elaborar y ejecutar* programas complejos y altamente pautados y, por otro, de la necesidad de mantener y ampliar formas más perfeccionadas de *consenso* entre los claustros, si aspirábamos a recibir financiamiento para el desarrollo de políticas que difícilmente estábamos en condiciones de resolver con fondos propios. Por otra parte, también aspirábamos –como programa propio– a incluir a diferentes sectores de la comunidad universitaria (profesores, graduados, estudiantes, no docentes) en programas de mayores dedicaciones, actualización permanente, incentivos, capacitación, biblioteca..., que permitieran una renovación institucional y un crecimiento académico e intelectual con la incorporación de las nuevas generaciones y, con ellas, de nuevos discursos, en una época de ajuste presupuestario.

Esta tensión entre *gobierno democrático y ejecución de políticas*, entre universidad *tradicional* y universidad *moderna*, de alguna manera constituyó siempre una característica de la autonomía del gobierno universitario. Podría decirse que hasta los concursos de profesores, una de las instancias más académicas de la universidad reformista, está supeditada estatutariamente a determinado consenso de los claustros que integran el Consejo. Ahora bien, esta tensión “natural” entre democracia y ejecución se intensificó notablemente en los años noventa porque *las políticas*, que se fueron imponiendo lentamente y permitieron desarrollar programas, con fondos adicionales, que por sí mismas las universidades no estaban en condiciones de emprender, *no estaban diseñadas en el interior del sistema universitario* y, además, alteraban sus tradiciones.

Desde la perspectiva del gobierno universitario autónomo *recuperado* aparecía, allí, la pregunta por la identidad, y el dilema se planteaba así: ¿éramos diseñadores de políticas o, simplemente, buenos gestores de exigentes políticas externas al sistema? ¿Con qué recursos podíamos llevar adelante políticas autónomas, fuera de todo condicionamiento político, en una Facultad como la nuestra en la que los recursos propios, si los aceptábamos como fuente adicional de financiamiento, no podrían expandirse más allá de ciertos límites, y todo esto en un contexto general dominado por el ajuste en el sector público?

Por otra parte, el dilema se transformaba en un verdadero problema a resolver en forma inmediata cuando nuestros representados –en este caso me refiero a los profesores– se hallaban dentro de una situación sumamente *heterogénea*, y muchas veces *contradictoria*, en la que no era menor la combinación de *rechazo público* de la Ley Federal de Educación,¹⁴ de la Ley de Educación Superior, de los programas centralizados –incentivos, circuitos de capacitación, FOMECE, acreditación de carreras de grado y posgrado–, junto a la *aceptación privada* de compromisos dentro de los mismos programas que públicamente se rechazaban, lo que significaba participar como auditor de categorías, evaluador de proyectos FOMECE, categorización de pares y carreras,

¹³ Sousa Santos, Boaventura de, *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (Encuentros en Buenos Aires)*, Buenos Aires, CLACSO, UBA, 2006, p. 14.

¹⁴ Ley N.º 24.195 (B.O. N.º 27.632, 5 de mayo de 1993).



percepción cuatrimestral del incentivo a la investigación, o simplemente dar clase en un programa de capacitación del Circuito E.

Mientras tanto, la totalidad del sistema universitario se reproducía en el sentido que marcaba la ley, se incrementaban las instancias burocráticas de control de gestión, de control de la investigación, de promoción de posgrados con financiamiento internacional, y los profesores de las mayores categorías eran requeridos para consagrarse al posgrado y para participar cada vez más en estas instancias de centralización de la vida universitaria como consultores, evaluadores, acreditadores y auditores. Así las cosas, el grado se abandonaba –seguramente no como decisión voluntaria pero sí como efecto no deseado de lo anterior– y, al no formar parte de la preocupación de los “programas especiales” centralizados ni disponer de las energías de las instituciones que tenían que concentrarse en proyectar, ejecutar y administrar estos exigentes programas, se iba convirtiendo progresivamente en “tierra de nadie”, un lugar donde todo podía concederse, y nada proyectarse ni planificarse. El contexto de entonces, externo e interno, ponía su atención en otros asuntos.¹⁵ Por otra parte se creaban nuevas universidades, con la consiguiente proliferación de las privadas y de las universidades del conurbano, surgidas a demanda de los intendentes y de senadores y diputados que manifestaban su deseo de contar con universidades en sus localidades, una nueva forma de cristalización de la *partidización* y de la tendencia profesionalista del conjunto del sistema.¹⁶

Fuimos transitando la experiencia tratando de que no fuese lisa y llanamente la recepción de una imposición. Así fue como se exhibieron las dificultades para llevar adelante una gestión *independiente* y plural que pretendía obtener su legitimidad de la idoneidad y dedicación en el trabajo de gobierno y en la trayectoria y representatividad de quienes se postulaban para conducirlo, rechazando las formas externas de legitimación –del grupo radical, peronista o el que fuere–; se la estaba construyendo *desde adentro*, reforzada en la competencia política de la propia función pública dentro de la Universidad.

En este sentido, en la confrontación con las políticas gubernamentales; en la búsqueda de una manera propia de ejecutarlas que no vulnerara principios que pretendíamos no abandonar y que, a la vez, nos permitiera avanzar con criterios propios “negociados” para conseguir financiamiento; sumado a la necesidad de diferenciarnos de una Presidencia de nuestra Universidad que considerábamos cada vez más plegada a las preceptivas gubernamentales,¹⁷ se fue concibiendo una concepción renovada de la autonomía universitaria. De

¹⁵ Unos años después, pensando en las consecuencias de estas políticas (en especial, los efectos inmediatos del programa de incentivos a la investigación), Horacio González, profesor y actual director de la Biblioteca Nacional, rescataba el papel del *aula*, como “el máximo lugar de realización de la universidad”, de transmisión de conocimientos y de valores, de presencias. Agregaba: “no quiero subordinar las investigaciones pero de repente cuando aparecieron los nuevos formularios en la universidad, había veinte investigadores y al otro día hubo veinte mil... no puede ser que nos mantengamos tan supuestamente inocentes respecto de las mutaciones tecnológicas del conocimiento, ahí hay un foco de politización”(en Portantiero, y otros, *Crisis de las Ciencias Sociales de la Argentina en Crisis*, Buenos Aires, Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas, Prometeo, 2005, p. 67).

¹⁶ Krotsch, Pedro, “Presentación”, en *Pensamiento Universitario*, N° 12, Buenos Aires, octubre de 2009.

¹⁷ Se discutía, entonces, la conducción que ejercía el ingeniero Luis J. Lima como presidente de la UNLP, a quien se veía menos



este modo, el entonces decano José Luis de Diego, en un prólogo premonitorio centrado principalmente en las dificultades que teníamos en esa época con el gobierno de la Universidad de La Plata, propiciaba por un lado, ponerle un límite a la idea de autonomía como “una suerte de cheque en blanco que la sociedad firma a las universidades” a través de la necesidad –y el deber– de dar cuenta al público de los actos realizados (la famosa *accountability*) y por otro, complejizaba el significado de esta tradicional consigna del mundo universitario que muchas veces servía –y este era el caso justamente en nuestra Universidad– para invisibilizar una fuerte hegemonía política que respondía a lógicas heterónomas, en especial por su vinculación con partidos políticos, canteras de funcionarios que privilegiaban sus lazos políticos externos a la lógica de aceptación de reglas de juego consensuadas *dentro* de la institución académica.¹⁸

Ese clima cultural asfixiante

Al releer esos fragmentos de breves bitácoras que testimonian impresiones contemporáneas a los acontecimientos generados por estas políticas soportadas-ejecutadas; beneficiosas-destructivas, se puede revivir algo del clima cultural asfixiante en el que se fue *re-construyendo* una institución que ya de por sí había padecido demasiado los avatares político-institucionales que habían sufrido todas las instituciones públicas de Argentina.

En 2001, empezaron a fisurarse algunos de los consensos fuertes de la época neoliberal, dominada por visiones de una economía ideologizada y su apelación a los límites estructurales de la acción transformadora; una época en la que un buen balance de la conducción del gobierno universitario era solo medido con parámetros cuantitativos de producción: ingresos-egresos, costos y beneficios monetarios, libros de contabilidad.¹⁹ Lucas Rubinch ha mostrado muy claramente cuánto pudo expandirse en la Universidad la influencia de un clima cultural con una gran capacidad de imposición de visiones del mundo –en el marco de un proceso general de

dispuesto a discutir las políticas del gobierno menemista, que jaqueaban a la Universidad de La Plata, que a retener el poder de su conducción, incluso con procedimientos y argumentos que imitaron las pretensiones reeleccionistas de Carlos Menem.

¹⁸ Diego, José Luis de, *Memoria de gestión, 1992-1995*, La Plata, FaHCE, UNLP, 1995.

Esta lógica partidaria en el gobierno de las universidades fue denunciada como característica a corregir dentro del sistema universitario en la *Declaración* de la Asamblea de septiembre de 2001, en la UNLP: “En muchos casos, las tensiones existentes en la vida política del país se apoderaron de las universidades y la lógica de las internas partidarias invadieron los modos de dirimir las diferencias políticas al interior de las instituciones universitarias, acentuando tendencias clientelares y acrecentando la sospecha pública sobre la necesaria austeridad en el manejo de los fondos. Así, los males que se critican desde la universidad hacia afuera terminaron por reproducirse adentro. Las disputas en el Consejo Interuniversitario Nacional entre rectores de uno y otro color político a menudo distorsionaron la necesaria pluralidad de ideas y obstaculizaron la búsqueda de consensos hacia objetivos comunes. Las universidades deben consolidar la confianza social en el cumplimiento de sus objetivos a través de políticas consensuadas y de transparencia en la administración de los fondos públicos”.

¹⁹ Rubinch, Lucas, *La conformación de un clima cultural. Neoliberalismo y Universidad*, Buenos Aires, Libros del Rojas, UBA, 2001, p.13.



difusión de ideas que era a la vez nacional e internacional— que suponían la descalificación de lo público, la crítica del “estado de bienestar” y de las viejas estructuras obstaculizadoras de la lógica del mercado puro. La oleada neoliberal,

de la mano primero (y con fuerza fundacional), de uno de los dos grandes partidos populares y luego del otro (que continuó el camino trazado), produjo transformaciones sustanciales en la estructura productiva y en el Estado y comenzó a generar un agresivo proceso de crecimiento y afianzamiento de la desigualdad social. (2001: 10-25)

Este “sólido proceso de imposición cultural” reforzó visiones muy negativas sobre la sociedad argentina: la permanente sospecha del usufructo de dineros públicos por parte de las dirigencias de las instituciones, ineficiencia, clientelismo político, elevados costos de la función pública, necesidad de achicamiento del Estado, elevados costos de la fuerza de trabajo que atentaría contra el desarrollo económico, sospechas de corrupción sobre ciertos actores corporativos como los sindicatos... con la consiguiente necesidad de cambiar también las relaciones entre el mundo universitario, la sociedad y el Estado: restricción del gasto público-nuevas formas de financiamiento –inclusión de fondos competitivos; financiamiento contractual; cobro de matrícula; arancelamiento–; crítica del cogobierno como una estructura que no favorecía la toma rápida de “decisiones”, impuestas por los bancos. De tal manera que la masividad de la universidad pública, el ingreso irrestricto, la gratuidad y el cogobierno, fueron los elementos centrales definidos como problemas, como obstáculos para un buen funcionamiento del sistema universitario acorde con los nuevos tiempos. Siempre siguiendo a Rubinich en esta argumentación, se advierte que este clima de ideas –sustentado por organismos financieros internacionales– fue traducido a lenguaje y argumentación “progresista” por reconocidos investigadores de las ciencias sociales y de la educación.²⁰

Tal vez esta sea una clave para empezar a comprender por qué no pudimos transitar esas tensiones con una idea más clara y más propia del sistema universitario. Así, en mayo de 2005, Verónica Bethencourt, Secretaria General de la Asociación de Docentes de la Universidad Nacional de La Plata (ADULP) se lamentaba por la eficacia que la Ley de Educación Superior había tenido en las universidades gracias a las campañas de desprestigio, de desjerarquización de la tarea docente (“nos mandaron a lavar los platos”), al ahogo presupuestario sistemático. “Resistimos muchísimo; porque no podemos decir que, desde la Universidad, no hemos denunciado, resistido y no hemos salido a la calle”, Bethencourt mostraba en esa intervención, cómo a pesar de haber sido uno de los espacios públicos de mayor resistencia a las políticas privatistas del menemismo, el neoliberalismo “ganó, nos cambió, nos modificó y la Ley logró instalar un nuevo modelo de universidad desmembrando el viejo modelo de comunidad”, instalando nuevas jerarquías y servicios, que se

²⁰ Ver, a este respecto, el análisis que hace Rubinich (2001: 41-66) de algunas de estas traducciones, producto de la asociación eficiente ente los diagnósticos de los organismos internacionales y las ideas del reconocido intelectual chileno Joaquín Brunner, una de “las piezas claves de un clima de ideas y sus paradojas”.



fueron volviendo parte de lo cotidiano.²¹

No obstante, gracias a esta resistencia que incluso en algunos momentos llevó al conjunto de la universidad argentina a manifestarse como actor político bastante unificado –por ejemplo frente a las políticas de ajuste de la Alianza–,²² o quizás gracias al reconocimiento que la universidad todavía seguía teniendo por parte de la sociedad argentina como depositaria de expectativas igualitaristas y de movilidad social ascendente, tal vez por algo de todo eso siguió siendo una institución con reservas internas. A pesar de las condiciones desfavorables en que se ha trabajado como una característica de larga duración (innumerables luchas por el presupuesto la atraviesan), la universidad pública se ha sostenido con el esfuerzo y la vocación de una masa enorme de docentes con salarios reducidos –en algunas épocas vergonzantes, hoy mucho mejores– y que invierten en su formación permanente dentro de una cultura de austeridad, esfuerzo y rigor que contrasta con los valores de la mercantilización que también permanecen.

Es en este sentido que varios autores, a pesar de constatar que esta institución ha sido fuertemente transformada por las políticas neoliberales del menemismo y de la Alianza, señalan que a la vez no ha sido arrasada por “la oleada neoconservadora que en menos de una década cambió la geografía de las instituciones y empresas públicas del país” (Rubinich, 2001: 66-67).²³

Todavía podemos tener alguna esperanza:

Se puede ver en la Universidad, el conjunto de problemas que lo público ha padecido en Argentina. Escasez de recursos, burocratización, modos no democráticos. Pero también se puede indagar por las potencias que permitirían una renovación de lo público. En la Universidad hay posibilidades de una conversación que no se subordine a ese orden tecnocrático. Del mismo modo en que en lo extenso de la trama social

²¹ Bethencourt, Verónica, “Jornadas de debate sobre la Educación Superior”, La Plata, mayo de 2005, versión taquigráfica.

Un ejemplo de esta desarticulación en nuestra Universidad, que Bethencourt mencionaba en su intervención, es el de la imposibilidad del Consejo Superior para determinar la política de ingreso para el conjunto de sus Facultades.

²² Protestas masivas, manifestaciones callejeras, asambleas universitarias. Al respecto, podemos recordar que el momento de reunión de la Asamblea del 1.º de septiembre de 2001 resultó ser el punto más álgido de una fuerte movilización de toda la comunidad universitaria. Durante el mes de agosto, se habían sucedido marchas por el centro de la ciudad, junto a otros sectores sociales igualmente o más afectados por el ajuste (llegando a confluir el 23 de agosto en una gran concentración en la Plaza San Martín de La Plata con sectores de toda la provincia protagonizando un hecho que los periódicos valoraron como la “mayor concentración platense desde la época del gobernador Calabró, en julio de 1975”), clases públicas (una de ellas llegó a reunir a unas 3.000 personas en las escalinatas del Museo de Ciencias Naturales), huelgas, la instalación los viernes de una marcha semanal de los universitarios, llamada “Marcha de las Antorchas”, y hasta una reunión del presidente y los quince decanos con el ministro Delich, en la que se manifestaron las autoridades unidas detrás del reclamo presupuestario para nuestra Universidad, iniciativas todas de un conglomerado crítico que la Presidencia decidió también acompañar.

²³ “La Universidad pública, con fuertes y crecientes dificultades continúa siendo, aún en el marco de estas transformaciones mencionadas, un poderoso depositario, a la vez que productor, de expectativas de igualdad” (Rubinich, 2001: 12).



desgarrada perviven posibilidades de encuentro comunitario.²⁴

Algunos resultados de la apuesta por la institución

No es difícil percibir cuánto hemos avanzado en estos veintisiete años. Empezando por la representación, se han ampliado las bases de participación de los diferentes claustros, como resultado de un proceso de democratización que permitió, a partir del debate y la búsqueda de consensos entre todos los actores universitarios, reformar el Estatuto en octubre de 2008, logrando la integración con voz y voto de los trabajadores no docentes, por la que nuestra Facultad había bregado desde la recuperación de la democracia, y la extensión de la ciudadanía política al sistema preuniversitario, que también había formado parte de nuestras reivindicaciones en anteriores asambleas.

Desde la crisis política del 2001, parecía que todos los problemas se reducían a las formas de representación y todas las discusiones se remitían a esa cuestión; hasta una época muy próxima fue casi la única política habilitada. ¿Qué política seríamos capaces de habilitar, hoy, todos los actores universitarios cuando ese problema tuvo ya una resolución en la Asamblea del 2008? No solo se amplió la representación en forma inédita sino que volvieron a reafirmarse los objetivos centrales –universidad pública y gratuita, abierta e inclusiva–, se estableció la gratuidad de los estudios de doctorado para los empleados de la universidad, se equiparó la extensión a las más tradicionales funciones de docencia e investigación, se privilegió la proyección social del conocimiento en la enumeración de sus fines, se conjuró el fantasma siempre presente de la dictadura militar.²⁵

Podríamos ilustrar a través de la trayectoria reciente de la FaHCE en el ámbito de la UNLP, un recorrido institucional de estos últimos años cuyo grado de representatividad, sin embargo, no podríamos calibrar. En primer lugar, cabe señalar que la lógica de debate y convergencia en el terreno de políticas académicas comenzó a permear los vínculos de nuestra Facultad con la Presidencia de la Universidad. En efecto, recientemente hemos podido comenzar a transitar un camino de coincidencias que ha permitido sensibilizar a las máximas autoridades en la comprensión de las necesidades de una Facultad compleja y diversa, cuyas potencialidades y aportes al conjunto de la Universidad habían sido subestimados por anteriores administraciones. Fue reconocido el aporte de la Facultad en el seno de las grandes cuestiones que involucran al conjunto de la institución como, asimismo, se apoyó el desarrollo de programas de investigación de alcance nacional en el Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas y en los consorcios interuniversitarios de Enseñanza del Español como Lengua Segunda y Extranjera (Certificado de Español, Lengua y Uso –CELU– y Sistema

²⁴ López, María Pía, *Clarín*, agosto de 2004.

²⁵ Aunque muchas veces apostamos a dejar atrás para siempre esta etapa siniestra de la historia argentina, tal vez la más infame de todas las décadas, Tulio Halperin Donghi manifiesta esta imposibilidad, incluso en el terreno de la historiografía, cuando afirma que ni siquiera la reconstrucción razonada de la dictadura militar, nos permitiría conocer las razones de lo ocurrido, quedando destinada a permanecer como “la falla subterránea que en el cuerpo mismo de la nación seguirá ofreciendo el testimonio de lo que ella debe al Proceso” [porque el horror]“nos ha revelado algo muy importante” (en *Clarín*, 20 de marzo de 2001).



Internacional de Certificación de Español como Lengua Extranjera –SICELE–). Además, se están gestionando conjuntamente los proyectos de nuevos emprendimientos edilicios en los terrenos, recientemente cedidos por el gobierno de la provincia de Buenos Aires en Ensenada, que proyectarán a la Facultad por primera vez a ocupar un predio propio asentado en sus verdaderas necesidades, consensuadas por todos los sectores de la comunidad.²⁶

Por otra parte, la Facultad no es la misma que en 1984, y algunos números son muy significativos para ilustrar el aprovechamiento del tiempo transcurrido en una perspectiva de crecimiento permanente, que muestra una importante vitalidad de las Humanidades y de las Ciencias Sociales.

Se ha consolidado un crecimiento sostenido de la planta de cargos docentes y no docentes, incrementando las dedicaciones y los pases a planta del personal contratado, creando espacios nuevos para las jóvenes generaciones a través de las promociones y eliminado definitivamente las prestaciones docentes *ad honorem*. En los últimos años, nuestros porcentajes de mayor dedicación crecieron más sostenidamente y actualmente oscilan en alrededor de un 15% de dedicaciones exclusivas y de un 30% de dedicaciones parciales.

Se ha fortalecido la investigación, en particular a través de la reorganización de dicha actividad en el recientemente creado Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS), nueva unidad ejecutora de doble dependencia UNLP-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y tecnológicas (CONICET), que constituye el instituto de investigación más importante del CONICET a nivel nacional en el área de Ciencias Humanas y Sociales. Punto de llegada del desarrollo de la investigación en la Facultad, el Instituto cuenta hoy con 100 investigadores de dedicación exclusiva, más de 100 proyectos de investigación acreditados, 350 investigadores categorizados, 42 investigadores del CONICET y 140 becarios que fueron agrupándose, voluntariamente, en 14 Centros de Investigación formados y en formación y que editan 17 revistas científicas, muchas de ellas incorporadas al Núcleo Básico de Revistas Científicas del Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAICyT).

En el terreno de la producción, los resultados son significativos. La Facultad de Humanidades participa con el 12,5% del total de docentes investigadores de la UNLP, con el 14% de los proyectos acreditados²⁷ y 14% también de los becarios UNLP. Sin embargo, tiene solo el 6,9% de las dedicaciones exclusivas en el Programa de Incentivos.²⁸ A pesar de la exigüidad histórica de sus mayores dedicaciones, la Facultad de Humanidades

²⁶ El edificio actual de la FaHCE fue fruto de un proyecto que desde sus comienzos careció de consenso, no solo dentro de la comunidad universitaria sino también entre organismos y vecinos interesados en el trazado de los edificios públicos. Ver Gandolfi, Fernando y Ottavianelli, Ana, “La Manzana de las sombras. Una historia del complejo ‘Tres Facultades’ de la UNLP”, y “Desde el jardín. La construcción del complejo ‘Tres Facultades’ de la UNLP y su recepción por parte de la comunidad de La Plata”, FAU, UNLP; y Badenes, Daniel, “Imaginario militar-Imaginario universitario en el espacio urbano. La proyección del ‘BIM III’ como sitio de la memoria”, maestría en Historia y Memoria, FaHCE, UNLP.

²⁷ Conjuntamente con la Facultad de Ciencias Exactas y la de Ciencias Naturales, participamos del 50% de los proyectos acreditados en toda la UNLP.

²⁸ En este rubro, la Facultad de Ciencias Exactas, la de Ciencias Naturales y la de Ingeniería concentran el 50% de las dedicaciones ex-



produce el 15% de los artículos científicos de la UNLP²⁹ y es, nuestra Facultad, primera productora de libros y de capítulos de libros de toda la UNLP, con una participación del 25%, es decir de la cuarta parte del total de los libros publicados.

Nuestra investigación se ha volcado también al diseño y ejecución de los programas de posgrado que albergan hoy a más de 800 alumnos, con 21 carreras en funcionamiento: 6 doctorados, 9 maestrías y 6 especializaciones, en las que se forman las nuevas generaciones de expertos en Humanidades y Ciencias Sociales.

La docencia, la investigación y el posgrado tienen, actualmente, un apoyo muy significativo de la Biblioteca de Humanidades (BIBHUMA), orgullo de la Facultad por los servicios que presta a nuestros investigadores y a una variada gama de usuarios.³⁰

Se han jerarquizado y diversificado notablemente las actividades de Extensión Universitaria, con diez proyectos acreditados,³¹ la consolidación de la Escuela de Lenguas y el crecimiento de la enseñanza de lenguas extranjeras en la ciudad, la expansión del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores (PEPAM) hacia otros sectores sociales.

En síntesis, hemos recorrido un camino espinoso; pero si comparáramos la Facultad de hoy con la recibida en 1983, los cambios, como se ha señalado, son significativos; pudimos crecer y obtener resultados a través de un trabajo de *construcción-reconstrucción institucional*, que queda reflejado en el crecimiento no solo de la cantidad de estudiantes –que celebramos– sino el conjunto de actividades y programas en marcha. Se complica, entonces, pensar cómo llegamos hasta acá: ¿estas políticas “exógenas” que hemos denunciado no fueron, entonces, un obstáculo para nuestro desarrollo institucional? Sin duda lo fueron, pero pudimos encontrar caminos para crecer a pesar suyo, sin ceder principios.

Un aporte para iniciar esta reflexión puede surgir del análisis que Marcelo Prati nos proporciona acerca de la implementación del Programa de Incentivos a la Investigación, desde su emergencia en 1993. A través de su trabajo de historia política del Programa de Incentivos, es posible observar las tensiones y el comportamiento resultante de tres tipos de actores: investigadores, Secretaría de Políticas Universitarias (SPU) y universidades, y vislumbrar en su desarrollo, conflictos, alianzas, efectos deseados y no deseados a través de los cuales el autor rescata especialmente el papel cumplido por las universidades, quienes impulsaron mecanismos que permitieron contemplar la diversidad institucional y disciplinar confrontando, así, con el fundamentalismo

clusivas de toda la Universidad (3 Facultades sobre 17) Si agregamos la de Ciencias Agrarias y Forestales y la de Ciencias Veterinarias, el porcentaje se eleva al 65% (5 Facultades sobre 17).

²⁹ En conjunto con la Facultad de Ciencias Exactas y la de Ciencias Naturales, producimos el 58% de los artículos publicados. Todos los datos expuestos corresponden al *Anuario Estadístico UNLP 2008*.

³⁰ BIBHUMA está especializada en Humanidades y Ciencias Sociales y atiende, entre otros, servicios de consulta, préstamo, reproducción de documentos, referencia especializada, búsqueda y localización de documentos, y formación de usuarios. Su patrimonio cuenta con un fondo bibliográfico aproximado de 100.000 volúmenes de libros y 2.200 títulos de publicaciones periódicas.

³¹ Algunos de ellos constituyen presencias estables en los alrededores de la ciudad de La Plata, como por ejemplo los proyectos instalados en los barrios La Unión y El Mercadito que ya constituyen otro programa permanente de la Facultad.



homogeneizador de la SPU.³² Lógicamente, será necesario seguir analizando las complejas relaciones entre los profesores con sus representantes en los gobiernos de las facultades, las facultades con la universidad y estas con la SPU, sin olvidar a los estudiantes, que fueron quienes más fuertemente rechazaron las políticas gubernamentales como paquete global del Banco Mundial. Por otra parte, estos últimos siete años fueron tan contrastantes con ese espíritu de los noventa que vale la pena evocarlos críticamente para advertir también hasta qué punto podemos estar pensando todavía dentro de algunas de esas coordenadas, para no dejarnos llevar por “la inercia de los noventa”.³³

Y finalmente, ¿por qué a pesar de estar en condiciones de exhibir resultados valorados por la comunidad de la Facultad, seguimos sintiendo una permanente *insatisfacción*? Muy sagazmente Halperin Donghi, en un artículo complejo y mordaz, había señalado la brecha que en la construcción institucional argentina existía entre su labilidad y la poderosa fuerza de la creación política y cultural de su intelectualidad;³⁴ una tensión inevitable que también sufrieron los desarrollos disciplinares en el ámbito académico. Cuando la mayor parte de las energías se concentran en la profesionalización académica y en la construcción institucional, se debilitan las preocupaciones por el sentido de las cosas; una especie de *negativo fotográfico* de la universidad de los años sesenta y setenta, esa universidad crítica que duró poco, que no pudo cuajar como modelo estable, pero que nos interpelaba, permanentemente, por el sentido y que, maravillosamente, amplificó la voz de las ciencias humanas y sociales.

Estas ciencias nos siguen diciendo cosas muy interesantes y reveladoras sobre la sociedad actual, si queremos escucharlas; pero su voz no está amplificadas como en esos “años dorados” en los que se peleaba por tener un lugar central dentro de los debates científicos y políticos. Hace unos años, en oportunidad del III Encuentro del Consejo de Decanos de Facultades y Ciencias Sociales y Humanas, el sociólogo Juan Carlos Portantiero fue invitado a exponer sobre la crisis actual de la sociedad argentina. Si bien algunos de los aspectos más flagrantes de esta crisis no se perciben hoy con el grado de desesperación de hace unos años, sus palabras finales fueron muy esclarecedoras de los problemas que deberíamos plantearnos para empezar a achicar la *insatisfacción* que antes mencionaba. Decía Portantiero, refiriéndose al “predominio obscuro de la narrativa del neoliberalismo” que padecíamos los latinoamericanos:

Los viejos temas de un país industrial, con una clase obrera organizada, con un mundo del trabajo que articula alrededor de sí a la vida social y cultural de buena parte de la sociedad civil ha quedado atrás, y más bien lo que tenemos ante nosotros es esta sociedad de fragmentación y de dispersión que intenta, en medio

³² Prati, Marcelo, “El programa de Incentivos y la ‘sociedad’ universitaria”, en *Pensamiento Universitario*, Año 12, N° 12, Buenos Aires, octubre de 2009.

³³ Suasnabar, Claudio, “Planificar con autonomía” en *Revista de la Asociación Nacional de Docentes de la Universidad de La Plata*, N° 40, La Plata, ADULP, marzo de 2010, pp. 18-20.

³⁴ Halperin Donghi, Tulio, “Estilos nacionales de institucionalización de la cultura e impacto de la represión en Argentina y Chile”, en Sosnowski, S. (compilador), *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1988.



de la desesperación de la crisis, reestructurarse a partir de la precariedad, en donde más que actores sociales constituidos hay víctimas. Los temas ahora son los de la pobreza, los de las nuevas formas de organización de estas sociedades desvalidas, los de los límites de la democracia concebida como pura forma política, los de la ubicación de la Argentina y en general de nuestra región en un mundo unipolar en el que ya no existe la posibilidad del juego de equilibrio entre grandes potencias, y el impacto que las nuevas tecnologías puedan tener para agravar o para resolver esta problemática... [esta realidad] plantea un problema para las universidades y para las facultades de ciencias sociales...³⁵

Si hoy creemos que la construcción institucional que se ha encarado en estos años de continuidad democrática fue imperiosamente necesaria, y esa es una diferencia notable con la universidad de los años sesenta y setenta, podríamos convocar un poco de aquel viejo espíritu empecinado en hablar del sentido de las cosas –que muy seguramente todavía anida en algunos espacios de resistencia– para que la fortaleza creciente de nuestra institución no se imponga *contra* la creación política y cultural y ahogue “el malestar, la indignación y el conformismo frente a lo que existe [ya que estas sensaciones] sirven de fuente de inspiración para teorizar sobre el modo de superar tal estado de cosas”.³⁶ Podría afirmarse, para retomar el principio de este artículo que, como dice Boaventura de Souza Santos, a pesar de que estamos padeciendo una crisis del orden (de regulación) y una crisis del progreso (de emancipación), hay algo que no está en crisis y es, justamente, “la idea de que necesitamos una sociedad mejor, de que necesitamos una sociedad más justa [y de ese modo las] promesas de la modernidad –la libertad, la igualdad y la solidaridad– siguen siendo una aspiración para la población mundial” (2006: 14).

Pedro Krotsch, profesor de nuestra Facultad, director de la revista *Pensamiento Universitario*, había manifestado un temor con una metáfora: la de que la universidad fuera como un “elefante sin alas”, enorme y pesada, conformista, inmovilizada, renunciando al mandato de su autocomprensión, incapaz de avizorar el futuro y de construir una nueva misión universitaria.³⁷ Albergaba la secreta esperanza de que las condiciones políticas y económicas actuales fuesen propicias para que nos animáramos a pensar en el futuro; tenía una gran *confianza* en la posibilidad de transformar la universidad, en la construcción de un movimiento político-cultural de renovación de la institución, aun cuando no fuera evidente todavía *quiénes* serían los protagonistas destinados a llevar adelante ese cambio cultural. Vislumbrar a estos *actores* del cambio y sus posibles aliados hacia una universidad más científica y menos profesionalista, menos partidizada y más politizada, más comprometida con la crítica histórica y cultural, constituía una obsesión que pretendía transmitir a las jóvenes generaciones a las que estamos apostando hoy. Compartimos plenamente esta perspectiva.

³⁵ Portantiero, Juan Carlos, en Portantiero, y otros, *Crisis de las Ciencias Sociales de la Argentina en Crisis*, Buenos Aires, Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas, Prometeo, 2005, pp. 24-25.

³⁶ Sousa Santos, Boaventura de, citado por Grimson, Alejandro, en su conferencia “¿Sirven para algo las ciencias sociales?”, pronunciada en la inauguración del Doctorado en Trabajo Social, UNLP, 2009.

³⁷ Krotsch, Pedro, “Universidad argentina: presente y desafíos de un ‘elefante sin alas’”, en *La Capital*, Rosario, 23 de diciembre de 2006.



“Aquí hablamos de nosotros mismos”, dice Antonio Camou en la “Introducción” a *La Universidad Cautiva* y, efectivamente, es lo que intentamos hacer también en esta presentación, combinando las creencias con las situaciones, la historia y las disciplinas; incorporando esas bitácoras de “la inmediatez del quehacer cotidiano, el conflicto diario, el trajinar del presente” para seguir pensando esa compleja trama de universidad, política y Estado en Argentina y, a la vez, “valorar esto que hacemos y esto que somos”.³⁸

³⁸ Camou, Antonio, “Introducción”, en Krotsch, Pedro (organizador), *La Universidad Cautiva. Legados, marcas y horizontes*, La Plata, Al Margen, 2002, p.127.